

LOS INDOEUROPEOS: INDIA Y GRECIA

María Fernanda Ramírez Reyes

La palabra “indoeuropeo”, tanto el sustantivo como el adjetivo, poseen implicaciones diferentes, y como todas las palabras, se ha transformado a lo largo del tiempo y los contextos. La falta de evidencias solamente permite hacer conjeturas sobre un parentesco lingüístico, que al mismo tiempo es cultural, entre una gran variedad de lenguas que se han desarrollado en lo que hoy es Europa y Asia. Como se menciona arriba, los diferentes pueblos que se han desarrollado en ese gran territorio poseen semejanzas que los señalan como provenientes de una misma cultura y de una región común. Se considera que esta se localiza entre el Mar Negro y Mar Caspio la mayoría de lo poco que se ha descubierto fue gracias a la lingüística. Ello permite desarrollar hipótesis sobre su estructura social, recursos y creencias similares, si no es que casi idénticas. Dentro de ese gran mosaico cultural, y para fines de este trabajo, destacan dos grupos: los grupos que entraron a la región de la Grecia antigua, así como los arios védicos. En este ensayo se busca describir a los pueblos indoeuropeos en general y en particular a estos dos últimos, además de señalar los intercambios posteriores que ocurrieron durante la Antigüedad.

Como muchas otras temáticas, el estudio de la lengua y los pueblos indoeuropeos surgió no hace muchos siglos. Ello se debe a que, hasta la década de 1810, nunca se “reconoció el parentesco de las distintas lenguas llamadas indoeuropeas de Europa y de Asia” (Bosch, 1989, p. 9). Fue con el trabajo del alemán Franz Bopp en 1816, que se señaló esta particularidad. Aunque en épocas anteriores no fue un tema que interesase a los estudiosos, no quiere decir que algunos no se cuestionaran el fenómeno de similitud entre las lenguas.

Durante la Antigüedad y la Edad Media ese tema no fue de gran importancia para los pensadores de la época. Ello se debió en parte a que: “los estudiosos no habían descubierto todavía el hecho de que las lenguas evolucionan y se alteran con el paso de los siglos, eso chocaba con la constatación de que sólo en Europa se hablaban incontables lenguas diferentes” (Villar, 1996, p. 17). En la Biblia se encuentra una explicación a este fenómeno en el episodio de la Torre de Babel, donde se representa como un castigo. Esa respuesta no era satisfactoria para todos y durante el siglo XVI surgieron inquietudes respecto a la diversidad lingüística. Esto se debe en parte a los mercaderes y viajeros de la época que fueron a la India, en especial porque: “en medio de tantas y tan profundas diferencias, climáticas, religiosas y culturales, quedaban sorprendidos por los inexplicables parecidos que encontraban con las lenguas de Europa, particularmente el griego y el latín” (Villar,

1996, p. 19). En ese momento dichas similitudes les parecieron una situación curiosa pero no más. Durante esa misma época Filippo Sassetti fue de los primeros europeos en estudiar el sánscrito y señalar las semejanzas entre este y las lenguas europeas (Villar, 1996, p. 19). En el próximo siglo y la mayor parte del siguiente, varios pensadores más señalan estas similitudes, algunos se interesaron por explorar esto en sus países de origen. Algunos son J.G. Becanus (1569), A. Mylius (1612) o J. G. Schottelius (20). En este periodo destaca Andreas Jäger por ser de los primeros en expresar una reflexión que sigue siendo pertinente, aunque no exactamente en los mismos términos:

En su opinión se habría hablado en el Cáucaso una lengua que más tarde habría desaparecido, pero no sin dejar un buen número de herederas contemporáneas: el griego, el latín, las lenguas eslavas, el celta, todo el conjunto de las lenguas germánicas y el persa (16). De ese modo sus observaciones no toman sólo en cuenta las lenguas de Europa, sino que también incluye el persa; sin embargo, se hizo poco progreso durante ese tiempo.

Durante la última década del siglo XVIII y las primeras del XIX surge la idea de la lengua indoeuropea y se confirma el parentesco de las lenguas. Primero, en 1796 Sir William Jones y Coeurdoux afirmaron, de manera independiente, el parentesco de las lenguas indoeuropeas (23). También destacan dos libros por su impacto. El primero es la primera gramática del sánscrito en lengua europea escrita por H. Th Colebrooke en 1805; ella facilitó su acceso a dicha lengua. El segundo es la obra de Friedrich von Schlegel Sobre la lengua y la sabiduría de los indios (1808). Además de plantearse futuros temas de estudios lingüísticos, la obra de Schlegel llega a un público más amplio y no sólo a los pocos estudiosos del tema. Sin embargo, es con la obra de Popp dónde se da el gran salto que confirma la relación entre todos esos idiomas. Ello se debe a que: “la gran novedad, frente a sus predecesores consiste en que busca y encuentra coincidencias (...) en el terreno de los sistemas gramaticales” (25). A diferencia de los otros estudios, “la gramática tiene dos rasgos de los que carece un vocabulario: constituye un sistema y se presta de una lengua a otra con gran dificultad” (25). Gracias al rigor de su análisis no quedó duda alguna sobre esta conexión, además, con ello: “se llegó pronto a identificarlas con pueblos conocidos que han desempeñado importante papel histórico y que son los antepasados de muchos pueblos actuales o que han intervenido en su formación” (Bosch, 1989, p. 9).

A partir de ese momento, se desarrollan los estudios sobre lo indoeuropeo. Como se menciona arriba, muchos de los resultados obtenidos han sido gracias a la lingüística; sin embargo, a partir del siglo XX se ha encontrado evidencia arqueológica que puede tener relación con aquel pueblo de características y ubicación difusa. Aunque durante mucho tiempo se buscó la reconstrucción de una lengua única y terminada, hallazgos recientes señalan algo diferente.

El descubrimiento, a comienzos del siglo XX, de nuevas lenguas como el tocario y el hitita han venido a reforzar la concepción de un indoeuropeo que evolucionó con el tiempo, como todas las lenguas, sugiriendo la posibilidad, incluso la verosimilitud, de sucesivas escisiones del tronco común. En estas condiciones, la re-construcción no puede ser ya la de un estado de lengua concebido como perfectamente estable, sino la reconstrucción de un proceso evolutivo que, desde la noche de los tiempos, llega hasta nuestros días (Martinet, 1997, p. 17).

De ese modo, se debe considerar al indoeuropeo como una lengua, que, durante las diferentes etapas de los procesos migratorios de esos grupos, la lengua se encontraba en transformación constante. Eso también explica la razón de que ciertos grupos de lenguas posean ciertas variantes de una palabra, debido a su cercanía geográfica e histórica, respecto a otras (Martinet, 1997, p. 17). Asimismo, se deben tomar en cuenta los préstamos, influencias y mezclas con los grupos preexistentes en esas zonas.

Además de la evidencia lingüística se debe tomar en cuenta la arqueológica. Como se señala, se han hecho varios descubrimientos que podrían apuntar no sólo a un probable origen, sino también al desarrollo de las diferentes migraciones. En su libro *El problema indoeuropeo* (196*). Pedro Bosch Gimpera enlista las diferentes hipótesis y teorías de varios intelectuales del siglo XX. Además de las dos disciplinas mencionadas, Bosch añade también la etnología. Los resultados arqueológicos, los cuales se han datado con carbono, en diferentes regiones de Europa, Medio Oriente y la India permiten a este autor señalar los desarrollos que tienen los diferentes subgrupos en diferentes etapas históricas. Así, los grupos de Asia van fijando ciertas características antes que aquellos europeos (Bosch, 1989, p. 101). La mayoría de las evidencias pertenecen al periodo neolítico. En el terreno lingüístico, Bosch señala que no se sabe nada sobre las lenguas habladas durante ese periodo, aunque ello no le impide hacer ciertas conjeturas: “fue aquel tiempo decisivo para la evolución lingüística con las transformaciones de la cultura en relación con las del ambiente ecológico y el desarrollo de nuevas formas de vida” (Bosch, 1989, p. 101). En este momento, los cambios en la forma de vida del hombre promueven el desarrollo de ciertas estructuras; además del desarrollo desigual debido a la escisión y establecimiento de los grupos en diferentes zonas.

La diferente evidencia encontrada en lugares tan separados como el extremo occidental de Europa e Irán, ha servido para concretar ciertos aspectos del desarrollo migratorio, y lingüístico, aunque no de manera contundente. Además, es necesario señalar que algunas de las hipótesis, especialmente aquellas desarrolladas durante la primera mitad del siglo XX, han servido para justificar una supuesta superioridad racial; lo cual ha tenido grandes consecuencias políticas y sociales en muchas partes del mundo. La evidencia hasta entonces encontrada es sólo un paso más en la comprensión de este

fenómeno histórico pues: “este esbozo cronológico refleja más el estado de nuestros conocimientos que la realidad de los hechos” (Martinet, 1997, p. 18).

El estudio de la rama Indo-Irania es uno de los más importantes, ya que amplía la extensión geográfica de los indoeuropeos, además de ser clave en la comprensión de la relación entre las distintas lenguas. Como se menciona arriba, es gracias al estudio del sánscrito y su comparación con el griego y el latín, lo que permite confirmar una relación sustentada gracias a la gramática de las lenguas. En un primer momento se consideró al sánscrito como aquella lengua indoeuropea originaria, aunque luego se demostró que no era cierto (Wulff, 2008, p. 22).

Respecto a la evidencia arqueológica se puede señalar la presencia de los pueblos indo-iranios al sur del Cáucaso desde el segundo milenio antes de nuestra era (Bosch, 1997). En ese entonces aún no se hacía la distinción entre ambos, aunque, de acuerdo a Martinet, muy pronto se subdividieron (Bosch, 1989, p. 85). Es gracias al establecimiento de los pueblos iranios lo que permite el movimiento hacia la región de la India. Dentro de las evidencias de los pueblos indos se encuentran en el grupo Mitani, establecido al norte de Siria. Algunas de las divinidades de este grupo tienen nombres védicos (Indra, Varuna), además de un texto: Tratado de la doma de caballos. El caballo, como se ha demostrado, es un elemento importante para las culturas indoeuropeas; estando presente en diferentes manifestaciones. A finales del segundo milenio se cristalizan las diferencias entre iranios, grupos del Cáucaso, e indos, grupos de Azerbaiyán.

Se calcula que desde el año 1000 a.c. ya se encontraba este grupo indoeuropeo en lo que es India. En toda la región del subcontinente se han encontrado evidencias materiales que comparten características con las de otras regiones, en particular la del Cáucaso (Bosch, 1989, p. 203). Entre estos se encuentran armas como espadas, hachas o puñales. Se considera que la invasión de estos pueblos provocó el desplazamiento de los pueblos dravídicos, habitantes preexistentes de la región, hacia la zona sur del subcontinente.

En el aspecto lingüístico, este subgrupo se distingue por el uso de la a larga y breve y, en particular de la rama india, el sistema de consonantes. Toda esta evidencia se encuentra en la lengua sánscrita, en particular en el Rig-Veda, el más antiguo de los cuatro Vedas. Aunque se plasma por primera vez por escrito mucho tiempo después de su composición, se pueden observar estructuras lingüísticas arcaicas, que suelen datarse alrededor del año 1000 a.c (Martinet, 1997, p. 86). Además de esta evidencia es posible rastrear el recorrido de los grupos indios en su entrada al subcontinente, pues en el mismo texto se mencionan pueblos y lugares de la región irania (Bosch, 1989, pp. 204-205).

En el caso de los pueblos griegos, la penetración de estos grupos en la península ocurrió mucho antes que aquella que ocurrió en India. Se calcula que las primeras

invasiones aqueas ocurren durante el 1800 a.c. Se piensa que este grupo es de la zona central sud balcánica, probablemente Macedonia (Bosch, 1989, p. 194). La expansión de dicho pueblo y la mezcla y expansión con las poblaciones locales, con importante influencia de la cultura cretense, pasó por un proceso de cristalización en diferentes grupos, lo cual se concreta alrededor del año 1100 a.c. en diferentes dialectos que son la base del griego antiguo (Bosch, 1989, p. 196).

Aunque ambos grupos pertenecen a la misma familia lingüística y provienen de la misma región, no salieron del mismo lado. Ya se mencionó que los aqueos provienen de la región de los Balcanes, mientras que los arios provienen de la región de Azerbaiyán. Ello implica que sus similitudes lingüísticas no son tan evidentes. Además, sus migraciones e invasiones ocurren en periodos distintos, lo que también influye en el proceso de cristalización.

Tuvieron que pasar muchos siglos para que estos dos grupos se encontraran de nuevo. Hay que señalar que el periodo en el que ocurrió esto, ambos pueblos se encontraban en un proceso de transformación, cuyas consecuencias fueron importantes no sólo para ellos y durante ese momento. Se trata de un intercambio que duró varios siglos y de los cuales hay evidencia en ambas partes, tanto en evidencia escrita como arquitectónica, así como la presencia de distintos objetos de ambas regiones y aquellas que se encontraban en medio. Lo cual habla de un contacto e intercambio intenso, no sólo de objetos sino también de personas e ideas. En su libro *Grecia en la India*, Fernando Wulff Alonso describe el desarrollo de esos intercambios, así como la percepción que ambos grupos tenían de aquel otro distante, del cual sin embargo aprende y es una influencia para él en el desarrollo cultural. Algunos de estos intercambios remiten a aquellos orígenes indoeuropeos, comunes a ambos, tal como la influencia de la *Ilíada*, ese texto que narra sobre las conquistas aqueas; en un texto como el *Mahabharata* (Wulff, 2008, p. 10).

El desarrollo de los estudios sobre los pueblos y la lengua indoeuropeos se ha encontrado con grandes dificultades. En primer lugar, es la falta de evidencia concreta que confirme la mayor parte de las conjeturas desarrolladas; ello conlleva una falta de delimitación más precisa. Las reconstrucciones lingüísticas, así como las evidencias encontradas durante el siglo XX, permiten un poco más de claridad en el tema, pero aún de manera vaga. A través de la descripción de los movimientos de dos grupos se observan similitud en las transformaciones, aunque estas se hayan dado en diferentes periodos y ambos subgrupos estén algo separados entre sí. El desarrollo aislado, del otro, durante siglos no significó que no se diera un intercambio después, que si bien no todos ellos tienen que ver con sus orígenes indoeuropeos sirven para enriquecer la cultura y el desarrollo del otro.

Referencias

- Bosch-Gimpera, P. (1989), *El problema indoeuropeo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Martinet, A. (1997), *De las estepas a los océanos*. Madrid: Gredos (Biblioteca románica hispánica).
- Villar, F. (1996), *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Lenguaje e Historia. 2da edición, Gredos.
- Wulff, F. (2008), *Grecia en la India*. España: Akal.